

te los rituales que le marcan sus pares pero que, cuando llega la hora de la verdad y tocaría alzar la voz en público, se esconde en un armario que suele oler a ropa limpia gracias a las manos hacendosas de una mujer.

Vivimos en una ciudad espléndida, que seduce a todo el que la visita, en la que disfrutamos de una más que aceptable calidad de vida, pero en la que también es complicado vivir para quien pretenda sacar los pies del plato y decida ponerse los armarios por montera. Las instituciones, y buena parte de la ciudadanía con ellas, alimentan un espíritu tremendamente conservador y un confort tan superficial como injusto. Ello no significa que, afortunadamente, no haya iniciativas singulares, colectivos insurrectos y mujeres y hombres valientes que pese a las limitaciones intentan hacer las cosas a su manera. Pero casi siempre en los márgenes, casi en la clandestinidad, sin la fuerza necesaria para convertirse en referentes y revulsivos.

Todas y todos, empezando por el que esto escribe, formamos parte de esta enredadera en la que con frecuencia acabamos siendo víctimas de la belleza, la cual nos deja, como a la fiesta de los patios, heridos de muerte ante la mirada de quienes entienden que somos solo un destino turístico. De ahí que debamos reconocer y valorar más si cabe los esfuerzos de quienes, pese a los obstáculos, se saltan las reglas y se creen de verdad que Córdoba puede ser una ciudad del diálogo más allá de paradigmas y de los pretextos para celebrar congresos de ombligos con pelusilla. Personas como las del colectivo TT que luchan cada día porque superemos los binarismos de género y por que el sexo sentido supere las patologías y los prejuicios. Mujeres como las que desde las diferentes asociaciones que se integran en la Plataforma cordobesa contra la violencia de género demuestran que la militancia feminista es una exigencia democrática. Artistas y creadores que ponen en pie proyectos editoriales, musicales, escénicos, sin figurar en los presupuestos de institución alguna y que nos recuerdan que existe la cultura más allá de las redes que dirigen políticos y políticas que paradójicamente no parecen tener ni idea de cultura.

La gran revolución de esta ciudad llegará el día que todas y todos nos liberemos del miedo, recuperemos las agallas perdidas y asumamos que es nuestra responsabilidad construir un contexto más sostenible desde el punto de vista humano. Por eso me temo, y sé bien de lo que hablo por propia experiencia, que no habrá más remedio que abrir todos los armarios y tirar las llaves al río. Solo así dejaremos de ser la ciudad de la tolerancia y nos convertiremos en la del reconocimiento. Algo que solo sucederá cuando nos atrevamos a huir de la fritanga y el incienso y asumamos el potencial revolucionario que tiene la luz desbordante de mayo. ■

Córdoba: Capital Patrimonial

POR JAVI BURÓN GARCÍA Y MAGDA SÁNCHEZ MORA (COLABORATIVA.EU)

Siempre nos pareció un tanto atrevido calificar a Córdoba como una ciudad cultural. Objetivamente, Córdoba se presenta tan o tan poco cultural como otras capitales de provincia en España. No destacan el número de equipamientos en activo ni el tamaño del sector creativo cultural. Y si nos fijamos en los datos económicos, aparentemente el sector cultural representa tan solo un 1,5% del empleo de la ciudad. Decimos aparentemente, porque hemos sido incapaces de encontrar datos al respecto salvo una cifra aislada en un anuario de 2010. Paradójico que 12 años de candidatura europea hayan sido insuficientes para generar más información pública al respecto.

Creemos que la cultura puede convertirse en un sector relevante que articule la tan necesaria transformación social y económica de Córdoba. Otras ciudades, como Newcastle o Malmö, lo consiguieron a pesar de sufrir la total destrucción de sus principales sectores productivos y liderar las clasificaciones de desempleo en sus respectivos países. Obviamente, no existe una receta única para convertirnos en una verdadera ciudad cultural pero si detectamos algunos elementos comunes en los casos que hemos estudiado.

Un sector cultural debe ser capaz de establecer una relación horizontal con las instituciones locales. La sumisión y el clientelismo se han convertido en males endémicos de la cultura cordobesa y nos han llevado a relaciones tremendamente desiguales con la administración y el sector empresarial. Sin embargo, creemos que el debilitamiento económico de estas mismas instituciones se presenta como una oportunidad única para reequilibrar estas relaciones en un futuro inmediato.

Un sector cultural debe estar dispuesto a dialogar con la cultura popular local. No parece sensato reclamar una relación más horizontal con las instituciones y a la vez no ofrecer una oportunidad de diálogo con tradiciones asentadas en nuestra ciudad. Este diálogo no tiene que ser necesariamente sinónimo de entendimiento o aprobación –un sano debate crítico sería un interesante punto de partida– pero lo que parece evidente es que la indiferencia y el desprecio condena a nuestro sector al aislamiento.

Un sector cultural, por último, tiene que estar vinculado a las tecnologías de la información. El debate tecnológico en Córdoba ha sido completamente acaparado por el sector empresarial y las escuelas de negocios, propiciado por la incapa-

ciudad del sector cultural y la ausencia de espacios adecuados para articular discursos alternativos. Las consecuencias son preocupantes y evidencian la necesidad de generar más iniciativas culturales, tanto públicas como privadas, que contrarresten esta situación. ■

A la fresca en el cine de verano

POR LUIS GALLEGO

Ciudad de paso, en la que el tren de alta velocidad se detiene dos minutos y el aeropuerto solo sirve como estación meteorológica, nuestra Córdoba ha sucumbido a sus propias inercias existenciales.

Nuestra gran esperanza blanca es renovar el patrimonio intangible, ya que el tangible no tiene remedio. No obstante, existen joyas culturales que Córdoba ha mantenido vivas y que merecen ser conocidas y revitalizadas. Una de ellas es el conjunto de terrazas de cine de verano cordobesas, el más genuino e histórico del mundo mundial.

Producto de la sabiduría popular, la astucia de los distribuidores y un clima implacable, la terraza de verano cordobesa posee unas características distintivas que la hacen única. Más que terrazas, los cines de verano cordobeses son jardines populares y eso los hace especialmente valiosos. Según *Córdobapedia* los primeros cines de verano ya funcionaban en 1923, es decir, antes de la invención del cine sonoro (1927). Fue a partir de los años cuarenta del siglo pasado cuando se popularizaron y es seguro que durante décadas hubo una oferta media de unas 20 terrazas. Como dice el periodista **Lucas León**: "El cine de verano era el centro y el cénit de aquel tiempo. Todo giraba en torno a aquel espacio de jazmines y albero, a aquellas sillas de enea o a aquellos héroes del trapico, del oeste americano o del campo andaluz". Este breve comentario aporta luz sobre otra cuestión: ¿existe un género denominado "cine de verano"? Pues claro.

Las autoridades y los profesionales del sector, distribuidores y exhibidores, deben ponerse las pilas y sacar adelante un Festival de Cine de Verano en Córdoba. El cine de verano debe y puede salvarse de la decadencia. La programación de reestreno es insuficiente. Debemos devolver la autenticidad al género: el western, la comedia, la fantasía y las aventuras. Es hora de abandonar el fatalismo y la arraigada idea de que todas las manifestaciones culturales deben ser públicas y gra-

tuitas. Es urgente renovar el parque de reclamos turísticos de nuestra hermosa ciudad y un festival de cine de verano nos vendría de perlas.

El momento ideal para montar el festival sería agosto porque, contra todo pronóstico, la afluencia de turistas es la mayor de todo el año. Además, los turistas ignoran que en agosto no se puede salir a la calle antes de las diez de la noche y el cine les vendría muy bien para refrescarse.

Espero que haya alguien ahí fuera que eleve mi modesta proposición a quien corresponda. Festival de cine de verano ya. Público y gratis. Sierra y campiña. ■

El orden y el caos en la enseñanza

POR LOLA RUIZ

El orden en la enseñanza lo establece la ley caprichosa y volátil que nos toque asumir y aplicar en cada momento. Este orden lo marca, al inicio de cada curso, la redacción de las programaciones didácticas, todas ellas cargadas de objetivos y contenidos, estructurados criterios de evaluación y recientemente acompañados por inesperados estándares que, a su vez, se relacionan con unas rúbricas (¿rúbricas?) de las que todos desconocemos tanto su utilidad como el motivo de ese nombre.

El orden lo traen los inspectores cuando visitan el centro con un objetivo prioritario en su rígido maletín, tan prioritario que no importan los demás problemas diarios del centro. "Hoy venimos a ver las Propuestas de Mejora. Por favor, hágame un informe por escrito de todo cuanto sucede". El orden fascinante de las nuevas metodologías aparece en esas programaciones imposibles de trabajos por proyectos. Metodologías que no tienen en cuenta ni la ratio que debe asumir el profesorado ni los recursos del centro, y que deben conseguir, mediante la transversalidad con otros profesores de los distintos departamentos, un trabajo que resulte divertido y epatante para ese alumnado que así aprenderá por sí mismo como nunca lo había hecho antes. Pero cuidado, profesor: no se olvide de los contenidos programados para el curso. Conviértase usted en mago, por favor, innove en las clases, asuma las horas lectivas de más y no abandone la programación de los contenidos. El caos lo marca el volátil y oscilante ritmo hormonal de una clase de adolescentes. Un caos que se dibuja en un aula con más de treinta alumnos con al menos cuatro niveles curri-